

¿HA AVANZADO EL MARXISMO EN LOS ULTIMOS 25 AÑOS?*

Alonso AGUILAR M.

El pensamiento marxista ha logrado, en los últimos 25 años, avances fundamentales que sería erróneo menospreciar. Al subrayar su importancia no pretendo sugerir que no haya habido fallas, titubeos, momentos de confusión y aun retrocesos. El camino de la ciencia —ni qué decir del de la revolución— no es un camino recto ni fácil. Pero el sólo hecho de que el marxismo haya ganado millones de adeptos resultaría incomprensible si la teoría no hubiese avanzado hasta convertirse, en más de un caso, en una nueva práctica social. El pensamiento marxista ha avanzado en el conocimiento de la estructura de la materia y de la interacción de las leyes que rigen el desenvolvimiento de la naturaleza y aquellas que hacen posible la utilización práctica de los avances científicos. Los triunfos espectaculares de la Unión Soviética en la carrera espacial, en la astrofísica y la física nuclear no son hechos casuales ni meras expresiones de la revolución tecnológica de nuestros días. Empero, son los progresos en la ciencia social lo que intentaremos destacar aquí.

Con frecuencia se critica al marxismo a partir del rechazo de burdos esquemas que, en realidad, nada tienen que ver con él, o con base en el supuesto de que el socialismo no ha seguido el curso que, según los clásicos, debería haber tomado. Si bien a menudo se ha caído, aun en los países socialistas, en estereotipos y fórmulas absolutas que despojan al conocimiento de su carácter dialéctico y al marxismo de su fuerza creadora y su valor científico, sería erróneo

* En mayo de 1974, la revista norteamericana *Monthly Review* cumplió 25 años de vida. Con tal motivo sus directores, Paul M. Sweezy y Harry Magdoff, invitaron a un grupo de intelectuales a responder brevemente a la pregunta que encabeza este texto y a señalar los campos en los que, a su juicio, debiera impulsarse el pensamiento marxista. La presente es la respuesta de Alonso Aguilar M., profesor e investigador de nuestro Instituto.

confundir tales simplificaciones con los aportes más significativos. La ciencia social marxista ha roto con las armonías formales propias de la ciencia burguesa y trata de que la teoría se sustente en la realidad. Mientras a la economía neoclásica y la sociología funcionalista sólo interesan las formas, las apariencias, la lógica interna de sus esquemas aunque éstos se divorcien totalmente de los hechos, el marxismo parte de éstos y sabe que sólo sobre ellos puede construirse una teoría social. Pero a diferencia del empirismo, que los toma como datos dados e inconexos, el marxismo los integra en el proceso histórico y los sitúa dialécticamente, o sea en conjunto y en sus interrelaciones y contradicciones principales.

Al trabajar desde esta perspectiva el marxismo lleva a la ciencia social del plano del equilibrio estático al terreno de los desajustes reales, cambiantes y complejos, y del nivel institucional al propiamente estructural: a las relaciones sociales de producción y a la estructura económica de la sociedad.

Marx introduce a la ciencia la categoría de "formación económico-social [concebida] como un proceso histórico natural", como una totalidad, como un sistema que se desenvuelve a partir de formaciones previas, no de manera caprichosa sino conforme a leyes que fundamentalmente expresan un modo de producción determinado o el tránsito a otro. Sin tal categoría no podría, como alguna vez dijo Lenin, haber ciencia social. Su empleo permite comprender la conexión entre las relaciones sociales de producción y el crecimiento de las fuerzas productivas, así como descubrir las leyes que rigen el proceso histórico. Y el conocimiento de estas leyes y de las contradicciones en que se manifiestan ha hecho posibles nuevos avances teóricos en la explicación del desarrollo y el subdesarrollo, profundos quiebres revolucionarios y la transición al socialismo.

Frente a las explicaciones convencionales del subdesarrollo, que esencialmente lo atribuyen a sus propias víctimas, a partir de planteos fundamentales de Marx y Lenin se forja una teoría que, integrando el fenómeno de la dependencia al desarrollo desigual, a la acumulación de capital y el uso del excedente a escala mundial, comprueba que las leyes sociales no son inmutables, que aun aquéllas de carácter general operan de maneras diferentes en contextos históricos distintos, y que el capitalismo, que en otras condiciones hizo posible el desarrollo, si bien sigue haciendo crecer desigual y anárquicamente las fuerzas productivas, no sólo no es un agente capaz de librar a las naciones del «Tercer Mundo» del atraso, la miseria y las profundas deformaciones estructurales que sufren, sino que es su causa principal.

Quizás el mayor avance que el marxismo ha hecho en los últimos 25 años consiste en la aceleración del proceso revolucionario. A partir de la segunda guerra cambia la correlación de fuerzas a escala mundial. Si bien en Italia, Alemania, España, Grecia y otros países

la burguesía logra impedir la revolución, no puede, en cambio, evitar la consolidación de la Unión Soviética, la crisis del colonialismo, la transformación de Europa Oriental, el triunfo de la revolución en China, Corea del Norte y Vietnam y, años más tarde, en Cuba, a las puertas mismas de los Estados Unidos.

Pensar que ese vasto impulso renovador se produce espontáneamente, sin descansar en una estrategia y ésta en una rigurosa apreciación teórica sería del todo inaceptable. Sin el certero análisis de la realidad de cada país, entendida, a la manera leninista, como una «realidad concreta», jamás habrían sido resueltos los problemas prácticos que plantea la conquista del poder o el tránsito al socialismo. Mas ¿no ocurrirá, como señalan los teóricos occidentales de la «sociedad industrial», la «convergencia», la «integración» y otros esquemas análogos que tienden a ignorar la influencia decisiva del modo de producción, que el capitalismo y el socialismo se acercan cada vez más entre sí? Definitivamente, no lo creemos. Como tampoco creemos que el desarrollo de los países socialistas exhiba un creciente divorcio entre la teoría y la práctica.

La sociedad socialista en la época de la dictadura del proletariado no es, desde luego, perfecta ni idílica. Adolece de múltiples fallas, se enfrenta a graves problemas y aun exhibe rasgos que recuerdan el reciente pasado capitalista. Las formas específicas que adopta el socialismo, por otra parte, no corresponden exactamente a las previstas en los bocetos geniales de los clásicos del marxismo. Pero ello más que atentar contra la teoría, la refuerza y enriquece, y más que entrañar un divorcio demuestra que la vida misma, la práctica, es siempre la fuente principal del conocimiento; a menos, claro está, que convirtamos la teoría en algo estático, en una especie de evangelio o molde inflexible al que deba ceñirse la realidad, y que hagamos de Marx un profeta en vez de un científico.

Nunca en la historia se realizó el cambio social con la celeridad que en nuestros días. Vivimos una fase revolucionaria de transición del capitalismo al socialismo en la que más de mil millones de seres humanos están creando una nueva sociedad. Pero, tanto las revoluciones triunfantes como los intentos que hasta ahora tropezaron con obstáculos insuperables comprueban que un cambio radical sólo es posible cuando a partir de ciertas condiciones objetivas, fruto de leyes históricas, se es capaz de aportar, a través de una lucha política organizada, conciente y audaz, los elementos subjetivos necesarios para provocar con éxito una ruptura revolucionaria.

Desde luego hay todavía mucho por hacer: debemos, verbigracia, conocer mejor la realidad en que actuamos, pues sólo así podremos determinar sus contradicciones más graves e influir sobre el proceso revolucionario. Se requiere estudiar con mayor rigor el funcionamiento de la ley del valor y del desarrollo desigual y la me-

dida en que ambas afectan el curso, incluso en la etapa de la dictadura del proletariado, de la revolución. En fin, habría que fortalecer la lucha contra el reformismo en el plano teórico, refutar sistemáticamente las posiciones burguesas que hacen más daño en las ciencias sociales, apreciar objetivamente los cambios en la composición y el papel del proletariado y ahondar en el estudio de las formas que adopta la contradicción capital-trabajo y capitalismo-socialismo.

Ello contribuiría a evitar y corregir errores, a combatir el esquematismo, a no caer en la tentación de construir «modelos» en los que a menudo parece influir más la lógica formal que la dialéctica; a comprender mejor tanto los hechos que generan y acentúan como aquéllos que mitigan ciertas contradicciones; a ver las leyes históricas como tales y no como fuerzas de la naturaleza, a emplear la teoría marxista como una guía para la acción y no como una llave maestra y, en suma, a forjar una estrategia revolucionaria que sólidamente se apoye en una teoría revolucionaria.